

## El Mercado del Guinardó

**Arquitecto:**

**D. Buenaventura Bassegoda Musté**

A media ladera, en la vertiente oriental de la Montaña Pelada — donde los disantos solían solazarse nuestros menestrales ochocentistas —, ha prosperado en pocos años un barrio residencial que goza del apetecible favor de los fríos, anchos y diáfanos aires del septentrión, al enfilarse el gollizo del cabezo de *la Peira*.

Tal incremento de consumidores no podía ser atendido por el sórdido mercadillo, alojado en un cobertizo a teja vana, en el interior de la manzana que ciñen las calles del Olvido, del doctor Valls y de la Garrotxa y el pasaje de Llivia, a corta distancia de la Plaza de Maragall. Con evidente acierto, el cabildo municipal, por iniciativa de la Tenencia de Alcaldía de Abastos, acordó la construcción de un mercado de planta en un terreno de su propiedad, enclavado en el lugar más alto de dicha isla, y cuya forma sensiblemente rectangular, con una esquina robada, ofrecía cabida de dos mil seiscientos metros cuadrados.

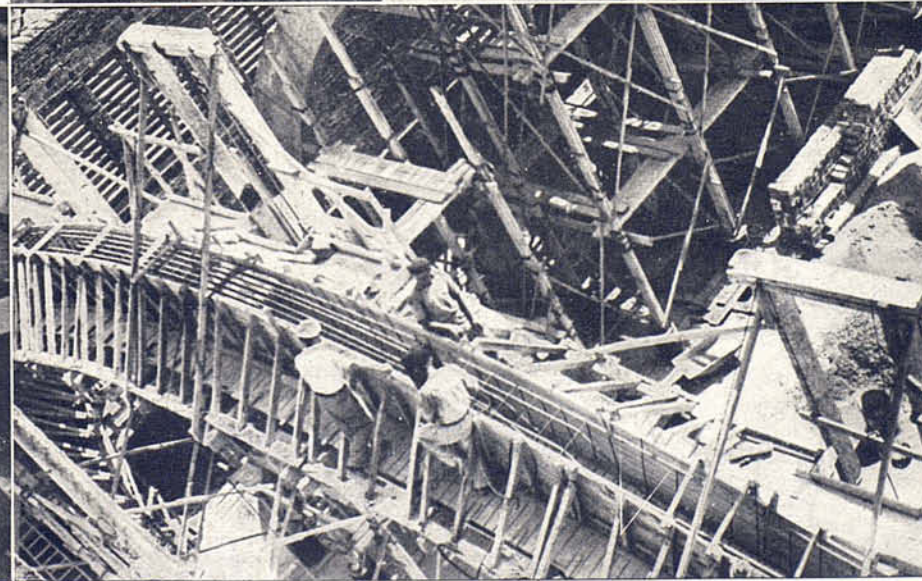
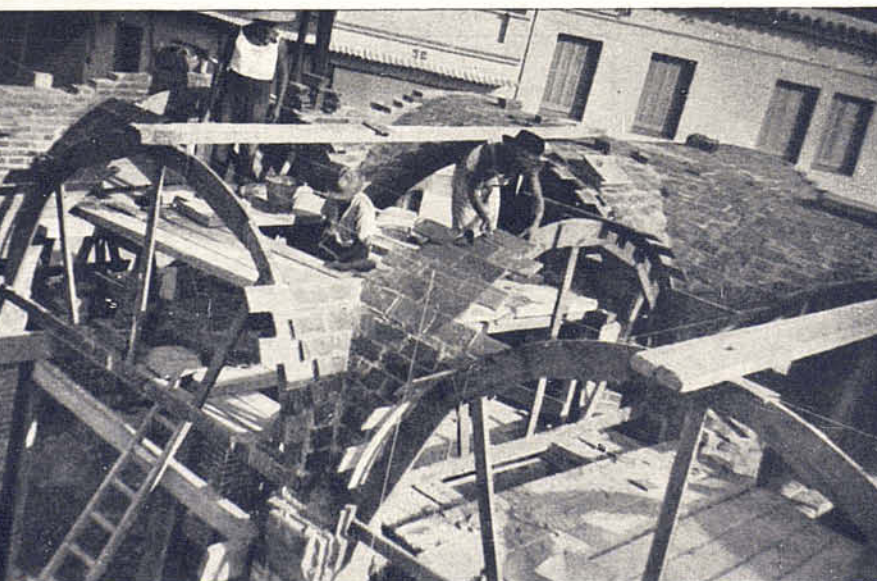




Detalle de la estructura y elementos de ventilación e iluminación.

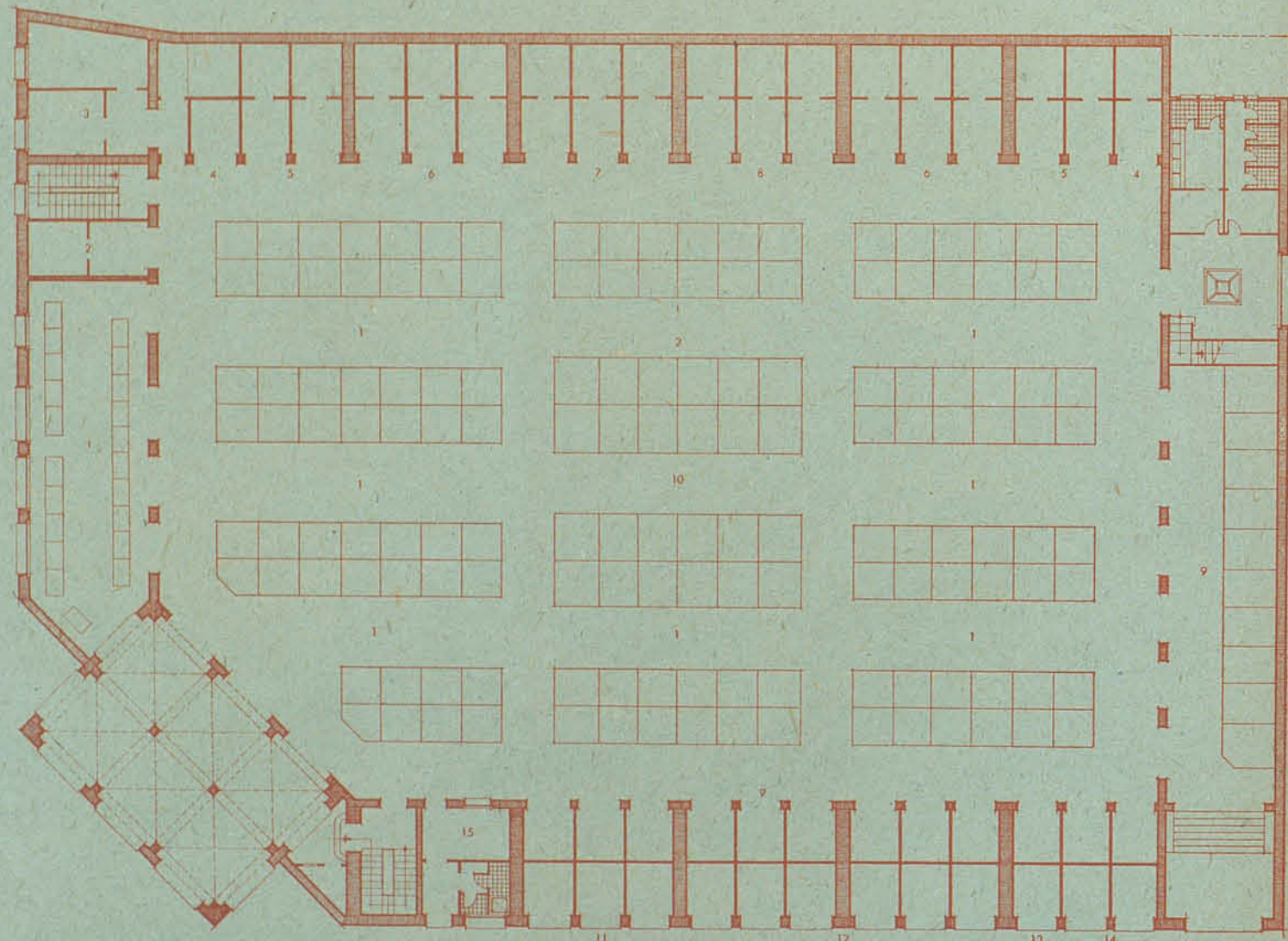
Vista exterior por el pasaje de Llívia.

Varios aspectos del montaje de las cerchas metálicas.

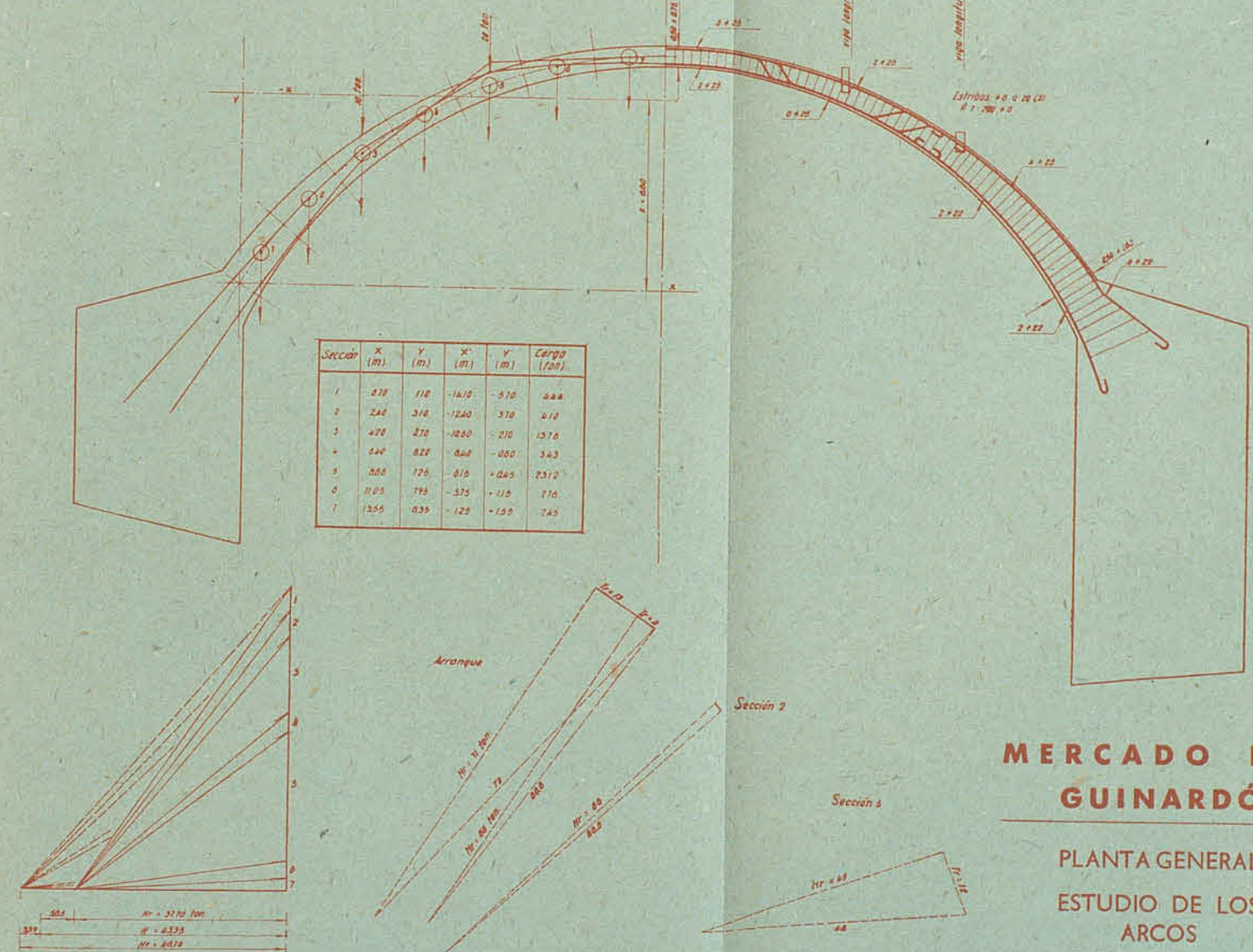




- |                    |                                |                     |
|--------------------|--------------------------------|---------------------|
| 1. FRUTA Y VERDURA | 6. COLMADOS                    | 11. CONSERVAS       |
| 2. COMESTIBLES     | 7. TRIPICALLEROS               | 12. HUEVOS          |
| 3. DEPENDENCIAS    | 8. PÉSCA SALADA                | 13. ACEITE, JABONES |
| 4. MARISCOS        | 9. PESCADO FRESCO              | 14. LEGUMBRES       |
| 5. BAR             | 10. TOCINO, CARNE,<br>POLLERÍA | 15. MOZOS           |



### ARCO EMPOTRADO



### MERCADO DEL GUINARDÓ

PLANTA GENERAL  
ESTUDIO DE LOS ARCOS



Si la finalidad de un mercado cubierto no es otra que la de amparar de la inclemencia atmosférica los tabancos y puestos de venta, se comprende que, agrupando éstos con adecuación, cabe obtener una solución de techumbre muy económica, a base de multiplicar los apoyos aislados. Pero lo cierto es que, en general, se ha huído de una composición tan elemental, para lanzarse a estructuras que salven de un tirón toda la luz de la nave. Los efectos así conseguidos son mucho más vistosos y, a la vez, se simplifica el posible cambio de distribución de los puestos y se resuelve mejor el desagüe de los tendidos de cubierta. El meollo del problema radica en lograr una sola nave de arca considerable, sin exagerar los dispendios en su fábrica.

En nuestro caso, se acudió a una ordenación de remusgo tradicional: el aprovechamiento del espacio entre contrafuertes de los templos ojivales catalanes. Cinco arcos de hormigón armado, de treinta metros de luz, estriban en arrimos de seis metros y, entre ellos, se ingieren, a espaldas vueltas, puestos de venta, unos con fachada a la calle y otros con frente a la nave; a lo largo de la medianería, van puestos especiales, con trastienda.

Para carga uniforme en planta, la forma racional de los arcos es parabólica, pero, a fin de asegurar perfecta iluminación y cabal ventilación de la sala, se subdividió la cubierta en tres tramos escalonados, de suerte que los cuchillos de la crujía central descansan sobre recias correas, que asumen al propio tiempo la función de riostras; dicha concentración de cargas deforma el antifunicular parabólico y lo aproxima al arco chato de directriz circular, cual se adoptó para la estructura cintrada en la obra. Con ello se rebaja no poco la sección de hormigón y la cuantía de acero y, por ende, el costo.

Los referidos arcos se encofraron sobre cerchones metálicos tetraédricos sistema Roglá, de

gran rigidez, que se montaron con inusitada celeridad y se deslizaron sobre rieles de apoyo, por así decirlo, a sobre peine, y con precisión y seguridad plausibles. Bajo la garantía de ensayos a rotura sobre probetas cúbicas, sacadas al comenzar el hormigonado, se pudo descimbrar a los diecisiete días, dado que a la sazón la estructura no recibía más carga que su propio peso.

Para entrar a pie llano, se niveló la nave a la cota más alta, correspondiente al chaflán del crucero Pasaje de Llivia-calle del Olvido, por donde está previsto el acceso de los víveres transportados con carretillas y diablas.

Por ser muy acentuado el declive del terreno en la última calle, cupo sacar partido del desnivel al habilitar un sótano de setecientos veinte metros cuadrados, para la estación transformadora, almacenes y cámara frigorífica, que se techó con bóvedas tabicadas de machihembrado entre jácenas de hormigón armado. La carga muerta del suelo abovedado contribuye a rectificar la excentricidad de incidencia de la resultante en la base de cimentación, situada en la arcilla cuaternaria, que allí está a más de ocho metros bajo el pavimento de la nave, dado el buzamiento de dicho firme, casi a flor de rasante en el Pasaje de Llivia.

Por él hay una segunda entrada al mercado, merced a un tiro de escalera que conduce a la pescadería adosada al muro de fondo, y, a fin de abrir luces en él, se ha establecido una androna o almizcate de un metro de ancho.

Para enlazar la gran nave con el ingreso a cartabón, se levanta un cuerpo de edificio, con zaguán en planta baja, abovedado con seis capillas por arista, tabicadas con guía de cordeles tesos, dejando visto el aparejo, a honor de nuestro obrero de villa; en primera planta, oficinas y servicios sanitarios y, en lo alto, el torreón con el aljibe de cuarenta metros cúbicos de capacidad, sobre una lastra de hormigón pretensado. En el cuerpo delantero, a lo largo de la calle del Olvido, hay el pórtico para las bancas de las zarceras y, encima, la dirección y los servicios veterinarios y administrativos.

Según se dijo, es importante el problema de la iluminación y ventilación del mercado. Se requiere abundante luz difusa, cortando el paso a los rayos solares. Al efecto, se han colocado quitasoles en tiramira y cielos rasos que actúan como pantallas reflectoras. Las mismas ventanas airean eficazmente el local, que ha de ser fresco y limpio, como el género que en él se expenda.

La cubierta es de teja árabe a lomo cerrado, con tendidos en cascada, para llevar el agualluvia a las canales y sus bajantes en los muros perimetrales, eliminando las limas hoyas, causa frecuente de atascos y goteras. En el piso, de baldosones de hormigón, se han suprimido los sumideros, llevando los lodos del baldeo a los encachados laterales, ejecutados precisamente al pie de los puestos que requieren limpieza a gran agua; pescado fresco, salazones, casquerías, mariscos, etc.

Consta el mercado de doce tiendas abiertas a la calle, ciento noventa puestos interiores, cerrados e independientes — por razones de *buena vecindad* — y veinte bancas para peñajaleros.

Edificado quizá por la austeridad de los propincuos religiosos mínimos, el autor del proyecto atendió sólo a lo escuetamente utilitario, al par que contemplaba lo que la experiencia enseña para el buen funcionamiento de un centro de abastos en nuestra ciudad. Se consiguió un costo harto inferior a novecientas pesetas metro cuadrado y planta, lo cual no deja de significar una muy apreciable economía, resultado mucho más satisfactorio que el pasar a bausanes con garzotas y penachos.

Bueno es sentirse humilde cuando, ya provento y polisárcico, uno está de vuelta, o mejor, *de vuelta y media*, pero sigue andando en derechura, sin regatear el aplauso a quienes prefieren inspirarse en las eses del temulento.

Y con el mismo espíritu resignado se pusieron en la puerta principal unas letras de bronce con el EME, HABEBIS de las pesas romanas, a guisa de recuerdo del oneroso tributo que la vida urbana impone a todo hijo de vecino: para comer, sin transgresión del séptimo mandamiento, hay que mercar.